

NIGROMANTE EN SONORA

*Cartas de Ignacio Ramírez
de febrero a julio de 1865*

NIGROMANTE EN SONORA

*Cartas de Ignacio Ramírez
de febrero a julio de 1865*

Josué Barrera
(Compilador)

IOB EDITORIAL
Colección *Historia*
No. 4

Primera edición, diciembre 2021
Editado: IoB Editorial
Colección *Historia*
D.R. © Josué Barrera Sarabia
D.R. © 2021 Internet of Books Editorial
ISBN: 9798408847730
www.iobeditorial.com

Nigromante en Sonora. Cartas de Ignacio Ramírez de febrero a julio de 1865.
Transcrito y editado por Josué Barrera Sarabia.
Texto tomado de *Obras de Ignacio Ramírez. Tomo 1. Poesías. Discursos. Artículos históricos y literarios*. México, Oficina Típ. de la Secretaría de Fomento, 1889.

Este libro es gratuito y tiene fines didácticos. Sin embargo, está prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita por el autor e IoB Editorial.

LA ESCRITURA DE LOS YORIS

La escritura de los yoris es un proyecto multimedia, integrado por podcast, artículos, libros electrónicos y videos, que investiga y difunde la historia de la escritura y lectura en Sonora.

A través de estos canales se publica un podcast, se editan libros electrónicos, se vinculan artículos on line, se comparten testimonios, reflexiones y nueva información para construir una historia de la literatura en Sonora más integral, completa y compleja.

Nigromante en Sonora. Cartas de Ignacio Ramírez de febrero a julio de 1865, es el cuarto libro que integra esta colección.

Toda la información generada se puede consultar en www.sonorabooks.com.mx/laescrituradelosyoris

La escritura de los Yoris es un proyecto de Josué Barrera apoyado por el Estímulo Fiscal para la Cultura y las Artes del Gobierno de Sonora (EFICAS) 2020.



Mira á los de Sonora. Tienen llena
De harina cada bolsa. Es su pinole;
Su desayuno, su comida y cena;
Su agua fresca, tortilla, pan y atole.
A veces comen carne, pero ajena;
Les gusta asada; y, para boda, en mole.

Ignacio Ramírez

PRESENTACIÓN

En 1865 México pasaba por un periodo de zozobra. Los invasores franceses estaban tomando la República y pocos políticos e intelectuales mexicanos defendían públicamente su soberanía. Después de ser una persona cercana al presidente Benito Juárez, Ignacio Ramírez rompió su amistad por diferencias ideológicas. Al llegar Maximiliano al poder se fue de la capital como exiliado. Radicó un tiempo en Yucatán y después se fue al norte.

Hombre de acción y de ideas, estuvo en Sinaloa, Baja California y de febrero a julio de 1865 en Sonora. No solo fue un espectador de los sucesos políticos del noroeste, sino que se convirtió en un observador analítico a través de las cartas que le envió a Fidel, es decir, a su amigo entrañable y otro intelectual mexicano, Guillermo Prieto.

La diferencia de todos los extranjeros que visitaron, recorrieron y escribieron sobre Sonora, es que Ignacio Ramírez lo hizo en plena cúspide intelectual, en medio del contexto del dominio francés y después de haber ocupado importantes puestos políticos a nivel federal. Es así que sus reflexiones se basan conociendo la realidad política, social y económica del país. No se limitó en ideas y propuestas, así como tampoco en criticar aspectos culturales del estado.

En estas misivas dio cuenta de los paisajes que recorrió, analizó situaciones sociales, describió a los personajes políticos que conoció, propuso iniciativas para atraer inversiones y promovió el aumento de la población en los territorios desérticos del noroeste. Es notable su interés en esta zona cuando aún no despuntaba en el país.

Llama la atención ciertas aseveraciones que hace sobre varios temas. Por ejemplo, sobre la comida: “No son paradojas estas observaciones que te comunico; sígueme con paciencia en mis reflexiones. La frugalidad. Carne de res, tortillas de maíz ó de trigo y pinole forman la base del alimento común; esto produce economía, salud y robustez”; acerca de los caminos: “La sierra, aun en tiempo de paz, es intransitable; un viaje por ella es un grande acontecimiento en la vida de los humanos”; o una obra de teatro que le tocó presenciar en Ures: “Anoche asistí á una comedia

casi casera. Recuerda que en los poblachos el teatro se forma en un corral, ó en un patio que parece corral: aquí el coliseo era el patio de la escuela que con mil pupilos y un solo preceptor sostiene el Municipio.”

Otro dato a considerar en sus cartas, es que no describe reuniones con los políticos sonorenses de la época que publicaban poesía o relatos, con cierta frecuencia, en los periódicos. Es decir, no se vinculó con la pequeña intelectualidad de aquellos años y tampoco narra haber asistido a alguna velada literaria. Sin embargo, se conoce que durante su estancia en el estado, en el mes de abril, publicó el periódico de poca duración *La insurrección*. Es categórica su afirmación sobre la escritura:

“Poesía: ¡qué imaginación tan admirable ha concedido la naturaleza á los vecinos de aquel Golfo! pero es más admirable todavía que entre ellos no despunta ni un solo poeta; ni de aquellas medianías que celebran á Maximiliano y á Carlota! Ni la naturaleza coronada de flores en tierra y de perlas en el mar; ni las sonrisas del amor que revuelan con las miradas voluptuosas en todas las reuniones; ni las hazañas del patriotismo que han sabido acometer y de que pudieran estar orgullosos; ni pasión, ni entusiasmo, han sido bastantes para arrancar de sus labios esos acentos de inspiración que en la creencia de los pueblos primitivos forman la palabra de los dioses! ¡Pobre Golfo sin mesa y sin lira!”.

Si bien a finales del siglo XIX se publicaron las obras completas de Ignacio Ramírez, poco a poco han surgido publicaciones que segmentan sus textos. Hay libros en donde compilan toda su correspondencia y otros, como lo hizo el Gobierno de Sinaloa en 2010, donde se reunieron las cartas que escribió durante su estancia en aquel estado. Solo faltaba documentar su correspondencia en Sonora. Para esta edición se respetó la redacción original de la primera edición que publicó las cartas en 1889.

Conozcamos las impresiones, juicios y opiniones de uno de los mayores defensores de la soberanía nacional a mitad del siglo XIX y quien influyó en gran medida en la escritura de una “literatura nacional” recién formada. Leamos al Nigromante por su paso en Sonora.

Josué Barrera

BIOGRAFÍA DE IGNACIO RAMÍREZ

Nació el 22 de junio de 1818 en San Miguel El Grande, Guanajuato. A lo largo de su vida se involucró en diversas áreas como la literatura, el periodismo y el derecho, siendo un representante del liberalismo mexicano. Ocupó diversos cargos públicos como Secretario de Justicia e Instrucción Pública y Presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. Fundó la Biblioteca Nacional. Murió en la Ciudad de México en 1879.



Escucha todos los episodios de la historia de la literatura en
Sonora en este enlace.

I

Guaymas, Febrero de 1865.

Querido Fidel:

Acabo de atravesar el golfo californiano con sobrados padecimientos y sustos.

En las primeras horas de la noche me avisaron que un buque partía de Mulejé; acompañado de tres amigos y á pie me puse en camino para el puerto; atravesé á tientas algunas subidas y bajadas, oyendo cerca de mí como el crujido del sedoso traje de una ninfa, y no eran sino las víboras que se deslizaban, derrumbando arenas y piedrecillas. A un tiempo percibí las olas por su confortativa fragancia, por su murmullo y por su fosforescencia. Hay un cerrillo escarpado, que por su forma llaman el "Sombrero;" á su abrigo anclaba un buque de un solo palo, una lancha con cubierta, un baúl lleno de caña de azúcar, y que conducía además algunos higos pasados, dátiles, queso y vino. Los poetas y filósofos de la Grecia no caminaban de otro modo, visitando las islas que á la luz de la mañana y de la poesía, aparecen tan risueñas. Mis compañeros de viaje no eran republicanos ni filósofos. Mientras el viento nos venía á sacar de la bahía, yo me divertí en sacar agua donde hormigueaban corpúsculos luminosos que se deslizaban por mis manos apagándose al menor contacto; esos animales deben ser pequeñísimos; recuerda que á la madrugada de una noche tempestuosa los hemos visto saltar con la arena como polvo de diamantes bajo los pies de nuestros caballos en el sendero humedecido por las olas.

Caminamos un día y dos noches; en la segunda madrugada vimos la Sierra de Chihuahua; el río Yaqui, bajo la lluvia de oro del sol naciente, y

los desgarrados islotes que se apiñan en torno de Guaymas: entonces supe que mis compañeros de viaje, gachupines y franceses, esperaban encontrar á los invasores en aquel puerto. Su alegría y mi terror fueron visibles cuando descubrimos dos buques desmesurados; ¡cuántas congojas en una milla! Hasta que el capitán dijo y todos repitieron con despecho: ¡son buques balleneros! Renací en brazos de la alegría.

Los peñascos me parecieron color de rosa; los cerros donde descansa la población se inclinaban para saludarme; la estrecha línea de casas brillaba como un cinturón de plata; y hasta el cementerio donde espiró el conde de Raousset, se enseñoreaba de una loma como un monumento de triunfo. Lo que no se descubre es vegetación, si no es algunas chollas y mescales escondiéndose entre las peñas.

Anclamos frente á la Aduana; yo me prometía almorzar sin tardanza; pero se me previno que me presentase al comandante de la plaza, la que se encontraba en estado de sitio. Yo deseaba conocer á Tomásito, pues todos lo pintaban como la esperanza de Sonora; este deseo no llegaba hasta sacrificarle un almuerzo; así es que fui á su casa con mal humor, y buscando quien me hablase mal de una persona que así me molestaba. A poco andar se me cumplieron mis biliosos votos; me encontré un *cicerón* que me dijo: este Tomásito es de origen extranjero, y ya otra vez se ha aliado con invasores contra los sonorenses; ¡Dios le dé ahora mejores inspiraciones! Sin embargo, bueno ó malo no hará mucho, porque se encuentra gravemente enfermo, y se agrava con incessantes convites; ahora debe estar en un festín con sus amigos, y esta noche tiene baile. En efecto, no me fué posible ver a Tomásito en todo el día; almorcé, comí, y antes de dirigirme al baile logré ver á mi personaje. Es un joven de unos treinta años; aspecto inglés, alto, delgado, pálido; breve y seco en la conversación; en sus labios no aparece una sonrisa, ni al darle un beso á una copa; activo, imperioso y procediendo como un hombre preocupado por un severo y tenaz pensamiento. Poco después le encontré en el baile, donde he conocido á Pesqueira; éste es de raza española; alto, grueso, llevando cuarenta años como pudiera quince; gastrónomo, bebedor, valiente, activo; simpático en sus modales; fácil percepción; difícil para las ocupaciones serias y continuas; siembra todos sus senderos de flores.

Guaymas es una población naciente; pero en sus bailes aristocráticos pueden reunirse cuarenta hermosuras y animar los salones con esas gracias

semidesnudas que tantas veces hemos visto revolar entre las brisas de la costa. No puedo decirte más porque estoy desvelado, y esta noche me pondré en camino para Hermosillo y Ures.

Sólo te agregaré que este puerto se encuentra en estado de defensa; que abundan los materiales de guerra; que los jefes y la oficialidad son probados en los campos de batalla; que el patriotismo recluta fácilmente soldados por todo el Estado; que ayer y anoche he oído muchos brindis patrióticos; pero todo esto lo he presenciado en Mazatlán, y sin embargo, corrimos.

Mi amor á las ostras me está comprometiendo al estudio de conchas y caracoles; los mejores ostiones del mundo se pescan en Guaymas; además, el mar te presenta golosinas hasta en los peñascos que baña en lo más alto de su oleaje. Toda esta riqueza la conocen los de Sonora; y, después de ponderarla, te dicen: lo mejor que tenemos es la carne de res y el pinole de trigo. Voime, pues, Fidel, á vivir algunos meses con cecina y harina.

El Nigromante.

II

Guaymas, febrero de 1865.

Querido Fidel:

Aprovecho un día más de permanencia en este puerto para escribirte algunas noticias omitidas en mi carta anterior por falta de algunos datos, que hasta ahora me he proporcionado. Dos acontecimientos acaban de pasar por Sinaloa, gloriosos para los héroes que en ellos figuraron, y de tal importancia para la Nación, cuanto que ellos le prometen el regreso del triunfo, cuyas huellas se habían perdido entre el polvo de un tropel de incalculables derrotas. ¡San Pedro y el Fuerte, Rosales y Patoni!

A fines del año pasado, cuando los franceses ocuparon á Mazatlán, las fuerzas de Lozada dominaban en la mitad del Estado, extendiéndole desde la Noria hasta el río de las Cañas. Al Norte, una tercera parte de Sinaloa obedecía á D. Francisco Vega, considerado como el venidero jefe de los imperialistas. Los pequeños puntos ocupados por nuestras fuerzas hormigueaban en enemigos, alentados no sólo por su próspera situación, sino por una expedición francesa que asomaba en la sierra de Durango. Los nuestros formaban cuatro secciones: un puñado de hombres hacia Panuco, mandados por Corona; una partida de observación á las órdenes de Sánchez Ponían y comprometida entre los cosaltecos; por el Fuerte, un grupo de entusiastas ciudadanos sin un jefe reconocido; y en Culiacán trescientos valientes á las órdenes de Rosales.

En tan comprometidas circunstancias, todos los enemigos se mueven; y una expedición francesa desembarca en Altata y prosigue su marcha sobre Culiacan, llevando impresas las proclamas con que debería celebrar

su victoria: los reaccionarios de Culiacán deseaban emparentar con los franceses, y les preparaban lechos y flores.

Rosales reúne en silencio á sus soldados, y marcha á situarse á pocas leguas, en el pueblecillo de San Pedro, que tenía muy bien estudiado; una plaza extensa, cercada por modestas casas; un grupo irregular de jacales hacia la salida de la aldea; algunos bosquecillos de árboles, entre los que se distinguen la parota y el caprichoso baniano; el río de Humaya á la izquierda de nuestro campo; y al frente, el enemigo: así han pasado la noche los patriotas mexicanos.

Rosales posee la elocuencia militar; breves palabras, pero inflamadas; y órdenes dictadas por el acierto. Embosca dos de las pequeñas piezas que llevaba, apoyándolas con unos piquetes; deja cien hombres de reserva en el centro del poblado; y se adelanta por el camino, llevando doscientos hombres para provocar el combate. Los franceses no dormían; resisten, se organizan, se precipitan, arrollan á Rosales, cantan victoria; entonces la muerte los asalta por los flancos; Rosales recoge su reserva; los invasores se contienen, vacilan, se ven diezmados, y retroceden. Aprovecha Rosales los momentos, y se lanza sobre los fugitivos; éstos organizan su retirada, y se rinden sobre las cenizas de su último cartucho. Rosales había presentido que era un héroe, y la gloria se lo ha confirmado.

Mientras tanto otra escena se iluminaba por el patriotismo en las inmediaciones del Fuerte. Los imperialistas, señores de aquel terreno, importunados por una cuadrilla de patriotas, consagraron su empeño en destruirla. Los independientes se ven perdidos; pero Patoni, casualmente pasa por entre ellos, acompañado de su reputación y de su espada; lo proclaman jefe, consiente y sin descansar, marcha sobre los intervencionistas; los sorprende, los desbarata, y les apresa á su jefe. La ley condenaba á D. Francisco; pero Patoni no quería desmentir los principios constitucionales, ni ensangrentar sus laureles; intentó salvar al vencido. Los soldados vencedores dijeron: "existen amontonados algunos efectos como botín de guerra; no queremos nuestra parte: las mujeres de la población nos ofrecen dinero; rechazamos sus dones y sus caricias; respetamos los principios constitucionales; pero los sacrificaríamos todos, si salvásemos á quien los desconoce y ha traicionado á su patria: ¡pedimos justicia!" El jefe prisionero fué castigado.

Yo me pregunto repetidas veces: ¿cómo ocupan los primeros puestos militares, hombres de valor y de conocimientos y de servicios dudosos, mientras que los héroes como Rosales y Patoni viven casi ignorados y acaban por ser víctimas de la injusticia? Por todas partes encuentran tropiezos hasta en medio de los suyos. Uno de estos beneméritos ha sido Sánchez Ochoa, que en San Pedro repitió las hazañas de que guarda noticias la Cordeliére.

El Nigromante.

III

Hermosillo, Febrero de 1865.

Querido Fidel:

El Golfo de California me ha dejado recuerdos tan profundos, que no quiero alejarme de sus playas sin dirigirle una postrera mirada.

Comenzando por el Sur y la ribera oriental, se ofrece á la consideración el Rio del Presidio, de márgenes tan ricas y pintorescas; sus aguas, por medio de un estero de seis leguas, se comunican con el Puerto de Mazatlán, pequeño por la naturaleza, pero susceptible de engrandecerse por el arte.

Sigamos la costa de Sudeste á Noroeste y admiraremos, en la estación de la aguas, innumerables ríos que desembocan en el mar; y en todo tiempo, el caudaloso Piastla, cuya barra es un banco de deliciosos ostiones. Sigue el rio de Quilá; y á pocas leguas, en los esteros de Altata, vierte su riqueza el orgulloso Humaya, después que las ninfas de Culiacán han jugado desnudas con sus ondas.

Los ríos del Fuerte, Mayo y Yaqui, tienen una celebridad creciente, no sólo por los minerales de donde se desprenden ni por la fertilidad de los terrenos que hermosean, sino por la raza alta y vigorosa que, bajo los auspicios de la civilización puede levantarse hasta sostener la gloria del Nuevo Mundo.

Más allá de Guaymas, el Golfo se estrecha, y por medio de islas risueñas se dan las manos las dos costas opuestas.

Más allá aparece el proyectado puerto de la Libertad y luego entra en el Colorado, esa especie de Nilo para el próximo porvenir de aquellas regiones.

Das la vuelta entonces sobre la costa oriental de la Baja California y caminas al Sudeste. En esa garganta de la prolongada península admiras boscosas serranías, favorables para toda clase de empresas; cuarenta leguas por tierra te separan del Pacífico.

A poco andar te aproximas á Sonora por en medio de un archipiélago; visitas luego la bahía de Mulejé; después admiras la isla del Carmen cubierta de sal; has visto antes las azufreras, las canteras de mármol; y entonces observas la situación de Loreto y los criaderos de cobre.

Recorres la bahía de la Paz y sigues la costa hasta el cabo Palmo; y atravesando setenta leguas de Golfo vuelves á Mazatlán.

Si, no contento con un simple viaje marítimo, te internas á cada paso por las costas que te llamen la atención, del lado de Sonora y Sinaloa encuentras dilatados esteros, y por la California grandes bahías.

La vegetación intertropical pierde su hermosura, su pompa, á proporción que se aproxima al Norte, pero todavía en las márgenes del Colorado tienes plantas de la tierra caliente, y se te presentan á gran distancia, con tal que no te eleves mucho sobre el nivel del Océano.

La Baja California y Sonora son el país de esa familia de cactus, cuyas pencas prismáticas se articulan de preferencia por la cima, formando de muchas hojas un solo tronco. En una de tantas especies la naturaleza deja entrever algunos de sus secretos; hay un cactus muy ramoso que por término medio tendrá un metro de tamaño; cada ramo parece formado de tunas articuladas unas sobre otras; figúrate unas sartas de *xoconostles* todavía muy verdes; partes el fruto aparente y no le encuentras huesos: su organización interior es la correspondiente á cualquiera penca.

Puede uno dedicar á la observación veinte años y no perderlos; sin embargo, no la naturaleza sino el hombre es lo que me preocupa. En torno del Golfo apenas existirán trescientos mil habitantes; una tercera parte de éstos conocerá el mar; y no llegarán á diez mil los que se embarcan: por regla general el Golfo es un tesoro inútil para esas gentes. Al consumarse nuestra independencia no surcaban aquellas aguas ni aun los botes de los pescadores. Ahora el comercio de la Alta California produce alguna animación; y no obstante puedes navegar días enteros; puedes acampar por meses sobre una roca y no descubrir una sola vela. Poblaciones que han nacido para el mar lo ven con horror ó con desprecio, y se conforman con visitar, como por antojo, aquellos grandes esteros donde cualquiera

red realiza la leyenda de la pesca milagrosa. La vida, la esperanza, viene de las naciones extranjeras.

El hombre es bien desarrollado, la mujer admirablemente hermosa y todo va en rápida decadencia. ¿Las causas? Sospecho dos: la frugalidad y la falta de poesía.

No son paradojas estas observaciones que te comunico; sígueme con paciencia en mis reflexiones. La frugalidad. Carne de res, tortillas de maíz ó de trigo y pinole forman la base del alimento común; esto produce economía, salud y robustez. Yo he comenzado por admirar ese sistema, pero pronto descubrí sus inconvenientes. Los hombres criados bajo ese régimen tienen una repugnancia invencible por los manjares que la gastronomía proclama como los primeros entre los pueblos civilizados. Además, los que así se alimentan no ven en ese acto un placer, un lazo social, sino una necesidad casi vergonzosa; y descubrirás á las más elegantes muchachas paseándose por los rincones y corrales mientras destrozan á estírones una correa de tasajo. Falta la vida de la mesa.

Poesía: ¡qué imaginación tan admirable ha concedido la naturaleza á los vecinos de aquel Golfo! Pero es más admirable todavía que entre ellos no despunta ni un solo poeta; ni de aquellas medianías que celebran á Maximiliano y á Carlota! Ni la naturaleza coronada de flores en tierra y de perlas en el mar; ni las sonrisas del amor que revuelan con las miradas voluptuosas en todas las reuniones; ni las hazañas del patriotismo que han sabido acometer y de que pudieran estar orgullosos; ni pasión, ni entusiasmo, han sido bastantes para arrancar de sus labios esos acentos de inspiración que en la creencia de los pueblos primitivos forman la palabra de los dioses! ¡Pobre Golfo sin mesa y sin lira!

En expiación por esos desgraciados, canta, Fidel, y mientras comerá.

El Nigromante.

IV

Ures, Marzo de 1865.

A Fidel:

Me ocupo en estudiar detenidamente este mundo de Sonora, para darte noticias que satisfagan tu insaciable curiosidad: por ahora me limitaré á confiarte observaciones muy superficiales, pero que puedes fecundizar con tus vastos conocimientos.

Anoche un amigo me invitó para ver un baile de yaquis; me presté, menos por ver el baile que por estudiar á esa raza indígena tan notable por su robustez y por sus costumbres. Hay en Ures una iglesia parroquial que se desploma; junto á ella se encuentra un callejón por donde el sacristán entra en su vivienda, atravesando ruinas de adobe; sigue un corral, y, á lo lejos, te detienes en dos ó tres piezas convertidas una de ellas en capilla. En este adoratorio, rodeado de un centenar de luces, se levanta un santo que, aunque tiene nombre, por no ejercer una profesión conocida, como abogado de los partos ó de las muelas, lo declaro vil vulgo ó proletario, y no lo considero sino como un pretexto para la fiesta que tiene lugar al aire libre. El terreno, frente á la puerta de la transitoria capilla, aparece libre y cuidadosamente regado; en torno de ese palenque, el pueblo se sienta en piedras, maderos y aillas bailadoras; algunos ocotes iluminan la escena.

Lo ocupan muy pronto unos cuarenta salvajes, diez de ellos pertenecientes al sexo femenino, y todos vestidos con los trajes anteriores á los que nos trajeron Hernán Cortés y sus soldados. Plumas en la cabeza, en el cuello, en los brazos, en la cintura, en las piernas y en las manos; collares de cuentas; y algunos con sonajas. A la cabeza de la cuadrilla avanza un personaje lujosamente adornado: es Moctezuma; los demás forman su familia y comitiva.

La música de jaranitas y otros instrumentos populares que sonaba á la puerta del santuario, se refugia en un respetuoso silencio. Los enamorados que se tocaban con los ojos, y con las manos, y con las rodillas, y con los pies, suspenden sus dulces presiones. El cura sonríe, y todos exclaman: "¡La danza de la Conquista!"

Moctezuma, mientras, avanza y hace una zalema al santo, que no se la devuelve; los suyos se abren en dos filas, y el monarca, con paso mesurado se pasea por entre la valla, recibiendo salutaciones é incienso. Luego se le presentan las mujeres, sacudiendo vistosas sonajas y siguiéndolo con movimientos compasados; los hombres le forman escolta. Van, vienen, se entrecruzan, y en las caprichosas combinaciones que improvisan, el marcado y simultáneo ruido de sus pisadas les sirve para llevar el paso, y les hace las veces de la música y el canto. Llega un momento de entusiasmo, y entonces marcan sus evoluciones sacudiendo sus sonajas. Así van á pasarse la noche.

Mientras ellos se fatigan, discurrámos. Este baile mudo y simbólico, existe en todo el nuevo Continente; á veces se acompañan con instrumentos de música, que por su forma proclaman un origen indígena; no es raro, que además de con la música, la danza tenga placer en hermanarse con el canto. ¡Estamos en plena Grecia!

Reflexiones: ¿no sería bueno que ahora que tantos artistas se han convertido en literatos, en vez de la música y canto y danza hebraicas, nos fijasen el triple sistema americano? Los datos no se pierden todavía; ¿por qué no aprovecharlos? Algo europeo se ha mezclado, sin duda, en estas costumbres pero lo que conserva un carácter nacional puede descubrirse á la luz de este principio: "los pueblos, en sus más profundas revoluciones, se esfuerzan por salvar las formas de sus antiguas costumbres."

Puesto yo una vez en la vía de filosofar, no fácilmente me paro. Si observas el baile, no le encuentras una causa racional; es á primera vista una diversión pueril, insensata. No hablo de esos bailes civilizados en que se pega uno con su novia ó con la novia ajena; ese es un ejercicio libidinoso: no me refiero á esos bailes del teatro, de la maroma ó del circo, que modificados suelen correr con boga por los estrados; eso es un ejercicio gimnástico, adornado con la música, y presentando por atractivo la desnudez y movimientos provocativos de algunos miembros humanos: lo que deseo que estudies conmigo es esa danza primitiva, donde un

hombre solo, ó varios hombres formales, ó bien hombres y mujeres, sin tocarse ni hablarse, y acaso sin verse, se ocupan dilatadas horas en moverse con mesura, llevando el ruido de sus pies por acompañamiento, y llena la mente de un pensamiento que desarrollan y reproducen sin cansarse; esos hombres estudian y enseñan.

Yo veo que la naturaleza hace cantoras á ciertas avecillas; hace músicas á las cigarras inventoras de los timbales, como hace arquitectos y fabricantes de miel á nuestros enjambres; me doy razón de cómo el hombre, sin vocación decidida, todo lo imita; pero ¿cómo inventó el baile?

Mientras lo descubres, permíteme una observación postrera. Los niños antes de hablar, y por lo mismo antes de cantar palabras significativas, bailan. Ese sacudimiento armónico de todos los miembros es una necesidad. Los mismos pequeñuelos para bailar necesitan un ruido cualquiera que les sirva de acompañamiento; la voz de la madre, el palmoteo de la nodriza, el sacudimiento de un madero sobre una piedra, el simple ruido de sus pies. Grandes los hombres, marchan si son soldados, y van en procesión si son frailes ó ministeriales, acompañados por el ruido de sus zapatos, ó no más por el tan tan (¡qué gusto para García Torres!) de sus talones.

Corro á la aplicación, porque tú te impacientas siempre con mis preámbulos; ¿pero me atreveré? ¡Te digo con timidez, que sospecho como origen de la música el sonido de los pies cuando se baila! No consultes lo que voy á confiarle con ninguna Sociedad filarmónica, porque se enojarán contigo, y tú me denunciarás, y yo me afligiré mucho. No lo digas; y te haré recordar que de dos modos se explica el origen de la música: Primero, por ruidos armoniosos como los que arman los herreros, y que no te deseo; pero no ha habido herreros en el nuevo Continente; y segundo, por una enseñanza de la divinidad; en ese sistema, Dios pone nombre onomatopéyico á cada uno de los animales, y canta; y los animales de la especie designada contestan en coro: ¡ay! qué aria aquella cuando se enojó por la mordida á la fruta vedada!

No todo el mundo puede hablar con Dios, ni ser herrero; pero todos tienen talones: ¡qué principio tan humilde para una cosa tan elevada!

A tu mayor saber somete humildemente su juicio.

El Nigromante.

V

Ures, Marzo de 1865.

Querido Fidel:

En nuestras calaveradas por orden suprema, hemos visitado, tú y yo, la mayor parte de la República, descubriendo fuentes de placer y cátedras de variado estudio en los mares, en los montes y hasta entre las personas que tenían derecho para figurar como las primeras de las más incultas. El artificio crece á proporción que las ciudades son más populosas. En los pueblos pequeños se transparentan, y aun sobresalen, muchas imitaciones; pero la costura atestigua dónde el ropaje de la pedantería ha zurcido sus remiendos. Viajar es la vida y la ciencia.

Anoche asistí á una comedia casi casera. Recuerda que en los poblachos el teatro se forma en un corral, ó en un patio que parece corral: aquí el coliseo era el patio de la escuela que con mil pupilos y un solo preceptor sostiene el Municipio.

En un tablado, improvisado por dos docenas de vigas y otras tantas docenas de varas de manta, pasó la escena de una comedia de Bretón de los Herreros; nadie ignora que todos los dramas de ese autor tienen una misma acción y unos mismos caracteres y un mismo estilo; pero los pormenores son bellísimos.

La concurrencia de una aldea se parece á las susodichas comedias; siempre y en todas partes es la misma: el cura, el alcalde, el maestro de escuela, los tenderos, algunos campesinos, los jefes de la guardia nacional, su familia y sus dependientes. Entre esas personas, se hacía notar una señora de cuarenta años, alta, delgada, color apiñonado, cutis ajado por los placeres ó por los cuidados; ojos centellantes; sobre la frente los órganos

de la hilaridad, y entre los labios un enjambre de chistes: esa dama llenaba los entreactos con más gracia que Bretón y que los cómicos, que sudando y chillando lo interpretaban. ¡Ay! los pobres representantes acababan de ver y estudiar á varios cómicos llegados de la capital de la República, é imitaban, exagerándolos, todos sus defectos.

Ese espectáculo me sugirió las graves consideraciones que voy á comunicarte, diciéndolas, á estilo de sermón, en varios puntos... vaya en dos. ¿De qué sirve la comedia? ¿Por qué en la República nadie hace caso del lenguaje de acción?

Comenzando por lo último, convendrás fácilmente conmigo, en que nosotros los oradores populares, parlamentarios, jurídicos, militares, sagrados y profanos, de lo que menos nos ocupamos es de interpretar el pensamiento por medio de los ademanes; nos contentamos con el recurso imperfecto de la palabra. Esto quiere decir mala educación; pero al fin los Colegios electorales nos confían sus poderes, las Juntas patrióticas nos encomiendan su entusiasmo, los litigantes nos admirán, los soldados se dejan matar ó corren, y las viejas ven desprenderse del nido de nuestros labios, con tan variados colores, al Espíritu Santo, que más bien que pichón parece perico. Concibo todo eso, aunque es malo. Lo que no me explico ni sufro es que en el teatro, aparador de preciosidades oratorias, se nos exhiba lo que hay de más mezquino en la especie humana para representar, para personificar á las mujeres clásicamente hermosas, á los héroes y á los mismos dioses. Ya me conformaría yo con que esos títeres se hicieran oír, y en sus movimientos expresasen las pasiones que los agitan!

Ay! hemos presenciado en la misma capital de la República, donde dicen que aparece todo lo bueno, volar en enjambres los aplausos sobre cómicos que cuando más se recomendaban por una figura simpática, ó por una voz que resonaba hasta la calle, ó por cierto desparpajo andaluz en todos sus movimientos! Me agradan las facciones toscas que descubren los matices del más leve afecto á una grande distancia; me encanta una voz clara y sonora; odio el encogimiento; pero el lenguaje de acción, aunque debe contar con esos elementos, necesita otros recursos de la naturaleza y del arte, que no descubro en nuestros más famosos representantes.

Mira! ¿Por qué alguno de esos cómicos, favoritos del público, hace gala de ser ambidextro ó zurdo? La izquierda no debe permanecer inmóvil,

pero debe sólo suplir á la derecha. Hay movimientos que no podría verificar la diestra aunque le corresponden; menos, en ese caso, la siniestra.

Voy, Fidel, á explicarme. El cómico V... cualquiera, se encuentra sentado en un cómodo sillón, y recargando precisamente el lado izquierdo sobre una mesa; es claro que no debe entonces accionar con la mano izquierda, como no podría hacerlo con el mismo brazo derecho si sobre él se apoyase, en razón de que el obstáculo de la mesa y su postura embarazarían el costado por donde le plugo descargarse; pues bien, V... acciona con doble trabajo, como un zurdo á quien quisieran quitarle esa manía.

Hay ciertas cosas que todo el mundo hace con la derecha, ó se supone que debe hacerlas, como escribir, sacar la espada, aseverar ó prestar juramento; pues chico V... prefiere hacer todo eso con la izquierda.

En el teatro suele uno hacer con la izquierda algunos ademanes que corresponden á la derecha; esto sucede cuando el actor da al público el costado izquierdo, y cuando cualquiera de los brazos puede interpretar el pensamiento; amigo, ese V... desconoce tales recursos.

Pero V... tiene otros defectos más graves. Es común sentir de la teología teatral, que hay palabras que exigen un movimiento determinado; por ejemplo, el *cielo* y la *tierra*; *tú* y *yo*; no bajarás la mano ni los ojos para decir *el cielo*; ni para decir *yo*, me señalarás con el dedo y con la vista. Todo esto es obvio, y sin embargo, V... para decir *entre tu pecho y el mío*, comienza por darse golpes de pecho con las uñas, y cuando llega á *mío*, mueve la mano como si tirase los restos de su puro.

Pero en el lenguaje de acción, no se pueden figurar con los movimientos palabras tras palabras, porque entonces todo se declamaría accionando, como aquellos célebres versos:

Entre dos álamos verdes
Que juntos forman un arco.
Por no despertar á Filis,
Pasa silencioso el Tajo.

Siendo esto así, ¿cuál es la clave para esa declamación oratoria y cómica que á primera vista parece arbitraria? Grandes reglas dan los preceptistas; una sola nos indica la naturaleza. ¿Te acuerdas de lo que en una frase se

llama palabra enfática? Pues esa palabra, que exige un tono determinado, es lo que demanda una acción característica; dominante en el tono, lo es también por los movimientos de todos los miembros humanos. Algunos tienen por gracia despedirse continuamente. Otros de nuestros cómicos no saben manifestar su agitación sino tartamudeando.

¿Qué me sucede? Ya me iba yo poniendo tan serio como Mata cuando habla de contribuciones. Perdóname, pero no perdones á esas mujeres raquíáticas, convalecientes de hospital, que se atreven, alimentándose con atole y desahuciadas, á representar á la varonil Semíramis, á la madre de los Gracos, ó á la feroz Medea, que llena de crímenes y de infortunios, se proclamaba ella sola capaz de luchar contra el destino. Jamás toleres á esos que parecen hombres, y cuando representan la aflicción permanecen, durante un acto, con la cabeza y los ojos bajos, como si los hubieran empalado; búrlate de mí, que ya se me olvidaba la parte primera.

Esta será muy larga en otra carta. Por ahora hazme favor de decirme: esa comedia que se llama clásica, ¿no es verdad que no interesa sino á los literatos? Esos eternos amores, ¿no es verdad que no pueden alucinar sino á la juventud inexperta? Para la mayoría de los humanos, ¿que enseña la comedia de Moliere y de Moratin? ¿No hay mucho de puerilidad en burlarse constantemente do los avaros y de otros viciosos de baja ralea, cuando en los puestos públicos, en todas las naciones, pululan cornudos, codiciosos, embusteros, traidores y asesinos? ¿Cuándo el pueblo los juzga y á veces los castiga? La verdadera comedia, la que tiene un porvenir seguro, es la que floreció cultivada por Aristófanes; lo demás no corresponde á las necesidades de la democracia: la comedia clásica debió extinguirse con los conventos.

Volviendo á Ures, aquella dama que te pinté al principio, acciona, sin pretenderlo, mejor que todos los cómicos; la naturaleza abunda en inspiraciones y en modelos; de éstos, los más detestables me parecen los que afectan el furor y la pompa de un diablo de pastorela.

No por eso debemos perder nuestra costumbre de elogiar á todas las actrices bonitas, por desgraciadas que sean sobre la escena; tales actos de piedad tú se los has enseñado á tu amigo.

El Nigromante.

VI

Ures, Marzo do 1865.

Querido Fidel:

¿Recuerdas que en una de mis últimas letras te hablé de una señora, no de escasos años, pero de mucho talento y bien conservada hermosura? Pues ella te conoce y se ha empeñado en escribirte; te acompaña su carta. Se repite tuyo.

El Nigromante.

Señor Fidel:

—Era vd. tan galante conmigo, cuando estuve en México, que, sin temor de molestarlo, me tomo la libertad de pedirle algunas noticias, ya que su amigo el Nigromante no contesta á mis preguntas sino haciendo caricaturas de las personas que me merecen los más vivos y afectuosos recuerdos.

¿El Sr. X. todavía se pinta para la historia? ¿Conserva todavía, entre sus antigüedades mexicanas, el anillo de Acatempan?

¿Por qué algunos rectores y catedráticos que andan con vdes. se han vuelto tan enamorados desde que abandonaron á la juventud estudiosa?

Desde México hasta Chihuahua ha venido vd. hecho un Tirteo; ¿cree vd. que los valientes que lo acompañan se entusiasmaran hasta batirse, después que lleguen al Paso del Norte, no habiéndolo hecho antes?

Hace dos años, entre diputados y otros funcionarios, eran vdes. más de mil los que representaban á la Nación; ahora no llegan á treinta, contando con Romero, que tanto está ayudando en los Estados Unidos

para que los del Sur sean dominados por los del Norte; ¿qué sería de ambas Repúblicas sin nuestro diplomático? ¿cree vd., mi dulce amigo, que ocho millones de mexicanos estén bien representados en una guerra extranjera por treinta personas que juegan, enamoran é intrigan, cuando no corren?

Extrañará vd. estas preguntas mientras no sepa lo que voy á confiarle: ¡me he vuelto imperialista! El sólo amor á mi sexo me ha comprometido á ese cambio; vea vd. cómo raciocino.

El gran capricho de los mexicanos, que les ha sido tan funesto, consiste en la adopción de ese sistema que llaman representativo. ¡Ellos, que hacen al clero una guerra á muerte, se han entregado, en cuerpo y alma, á un sistema teocrático! No se ría vd. ni se escandalice; ¿á quién representa el Papa? A Dios. ¿A quién representa el señor obispo? Al Papa. ¿A quién representan los curas? Al señor obispo. ¿A quién representan los sacristanes? A los curas. Y, toda esa máquina gerárquica, ¿á quién representa? A Dios y al pueblo cristiano: Dios es la ley; el pueblo es el beneficiado. Pero en realidad, ni el pueblo gana nada, ni Dios es obedecido. Si Dios y el pueblo se entendieran directamente, andarían mejor nuestros negocios; y yo le pediría la eterna juventud de Chavito y esas elocuentes palabras con que vd. me tenía encantada.

¿A quién representa D. Benito (lo mismo digo de los otros poderes cuando los hay)? A los Estados. ¿A quién representan los Estados? A las prefecturas y á las municipalidades. ¿Y éstas? A los electores. ¿Y todo ese tren representativo? A la Constitución y al pueblo soberano. Resulta que vdes. están organizados como la Iglesia; no han hecho más que parodiarla; y tratan la ley y el pueblo como los otros á Dios y á los cristianos. Yo quisiera representarme á mí misma, porque en aquello que más me interesa y divierte, nadie puede humanamente representarme: ni clérigo, ni diputado, ni mi mismo marido.

Ambos sistemas de organización social no pueden existir sino bajo este supuesto: unos individuos han nacido para representar y otros para ser representados. Pero ¿qué cosa es representar? Es hacer el papel ageno; es fingirse otra persona; es sustituir á la cara la careta. ¿Y puede ser acertado un sistema que necesariamente se funda en la mentira? Entre un Congreso y un Concilio no hay diferencia; el Espíritu Santo, en cualquiera de las dos corporaciones, si no se vendía al papa ó á D. Benito, se vería relegado á la

minoría y excluido de los grandes negocios y esperado á la puerta por la ley contra los conspiradores y plagiarios.

No sé si vdes. han llegado á realizar ese famoso sistema representativo; pero lo creo imposible en Sonora; y no porque falten representantes, sino porque en ninguna constitución están reconocidos los que aquí representan á los demás. Dígame vd., mi vida, en qué ley ha visto vd. que se haga la proclamación siguiente? En Sonora, Gándara representa á sus parientes; Tánori á su tribú; el Chato Almada á la mitad de Álamos; Tomásito, á la mitad de Guaymas; el cacique del Yaqui á los yaquis, y la mayor parte de las muchachas á sus novios. Tal es la situación de este nuestro Estado, á pesar de que las leyes divinas y humanas dicen otra cosa.

Y pues he tocado un punto que me interesa, no puedo menos de manifestar á vd. que acaso toleraría yo el tal sistema representativo, si las mujeres pudiésemos figurar como representantes; ¿por qué excluirlas? Yo lo concibo en el drama antiguo, cuando entre los griegos y romanos, como después en los colegios, los hombres hacían de mujeres; no lo tolero ahora que ambos sexos aparecemos sobre las tablas. Y, pues yo puedo hacer con aplauso el papel de Isabel de Inglaterra ó de Catalina de Rusia, no sé por qué motivo no pudiera representar á los mayos y á los ópatas en ese teatro que llaman vdes. templo de las leyes: ¡templo! sin duda por recordar su origen frailescos.

Me conoce vd. muy bien, Fidel; diga ¿qué hacen vdes. que no esté á mi alcance? Sobre todo, la mayoría ministerial, ¿qué secretos tiene, que hace tiempo yo no haya descubierto? ¿Tiene algunas debilidades? yo tengo las mías; ¿charla sobre todas materias? ya ve vd. cómo charlo; y en negocios de Hacienda, ellos no dejarán tan contentos como yo á los contribuyentes. La adopción de mi pensamiento traería la ventaja de que muchos diputados se harían representar por sus mujeres, quedando expeditos para desempeñar los demás negocios de la casa.

Estas convicciones que abrigo, me han ayudado á comparar el sistema de vdes. y el de Maximiliano. El austriaco también representa á la Nación, pero á su modo; divide el poder con su esposa, y mientras ella le viva, le alumbrará una favorable estrella: las damas de honor están así tan cerca del poder como sus maridos. Sin embargo, del Norte se extenderá un brazo para salvar á vdes. como quien saca á un perro de la cola, caído en la fuente, y volverlos á la capital de la República; entonces vd. regresará

agregando á su lira la cuerda de un acrisolado patriotismo; poeta, vd. no podía hacer por la nación más que cantar los combates y la gloria; y ha cantado, haciendo brillar cada verso ante los ojos enemigos como una espada vengadora; está llamado vd. á ser el primero de los inmaculados; su influencia es segura. A ella apelo para que inicie vd. y defienda la causa mujeril en el venidero concilio de representantes.

Volveré á ser republicana y siempre suya.

Una sonorense.

A Fidel: He visto la carta que te escribió nuestra amiga; todo lo hemos perdido, pues las mujeres nos prodigan sus sarcasmos. No desmayemos; fe en el sistema representativo; y yo no sé por ahora, quién nos representa legalmente en Chihuahua; pero, ¿querrás creer que Rosales, por sí y ante sí, se ha propuesto representarnos otra vez en los campos de batalla? Si vive y nosotros volvemos á ser diputados, le conseguiremos un indulto.

Por ahora hemos perdido el puerto de Guaymas; ya te escribirá los pormenores tu afectísimo

El Nigromante.

VII

Ures, Marzo de 1865.

Querido Fidel:

Yo soy del Estado de Guanajuato, donde, como sabes, nacen los muchachos pegando la lengua á las piedras para ver si descubren una veta; mis instintos mineros dormían, sin embargo, y se han despertado en el Golfo de la California, no á la presencia de los minerales en bonanza, sino contemplando más de cuatrocientas leguas cuadradas de terrenos metalíferos que no explotan ni la Baja California, ni Sonora, ni Sinaloa por no haber encontrado un buen procedimiento para beneficiarlos; en Alemania se sabe esprimir de esas peñas toda la plata que niegan á la sabiduría de nuestros mineros; tal vez por la baratura de ciertos ingredientes.

La minero-manía me ha acometido y me prometo comunicártela con las siguientes reflexiones:

En Sonora y en Sinaloa tenemos más de veinte puntos donde se improvisarían otras tantas colonias si se encontrase el modo de sujetar á la depuración esos minerales rebeldes; la ciencia lo conseguirá, pero puede tardar dos ó tres siglos. Una fuerte inmigración europea se derramaría por los desiertos de Sonora y Sinaloa si la Representación Nacional declarase que todo el mundo puede llevarse esas tierras libres de todo derecho, con excepción de los municipales.

Para prever lo que entonces sucedería, pongamos un ejemplo. Está el pueblo de Imala á seis leguas de Culiacán y por el mismo rumbo, á veinte leguas del mar, hacia el Oriente, rumbo á la Sierra, se aleja media jornada de Tamasula; el río de Culiacán le fecundiza y embellece; la agricultura y la

cria de ganados siempre se han multiplicado y florecido en sus vegas; y bajo sus cimientos corre una veta de diez leguas abundantísima en plata, que burlándose de nuestros afanes se esconde ó se volatiliza: en Europa han logrado beneficiarla y la explotarían con entusiasmo. Expedida la ley que te propongo, antes de cuatro años tendrías diez mil trabajadores, es decir, otras tantas familias, ó una población de cien mil individuos. Las ciudades en que esta gente quedaría distribuida centuplicarían la agricultura y la industria de los pueblos comarcanos; consecuencia necesaria sería que de Imala partiesen dos caminos; uno carretero para atravesar la sierra, y uno férreo para conducir los metales hasta Altata; por último, este puerto conseguiría mejorar su entrada, que es lo único que necesita para ser admirable. Resultando, en cinco años, doscientos mil habitantes y una circulación por lo menos de doscientos mil pesos diarios. Esto en una zona de veinte leguas de ancho y de sesenta de largo.

Igual aplicación podemos hacer á las inmediaciones de Hermosillo. Supongamos en los dos Estados diez zonas iguales y por lo pronto beneficiadas; en cinco años son dos millones de habitantes y un movimiento en la industria, en la agricultura, el comercio y en la misma minería, lejos de toda ponderación, extraordinario. ¡Qué movimiento de caudales en el Golfo de California! A los diez años, hasta la Baja California nos presentaría un Estado respetable.

Ante una prosperidad tan seductora como segura, ¿qué dificultades pudieran oponérsenos que no deban despreciarse aun desde antes de oírías? Quiero, sin embargo, encargarme de ellas. Se me dirá, en primer lugar, que yo propongo que los extranjeros se lleven gratis un tesoro. Contesto que para nosotros lo que se llevan no es tesoro, porque de nada nos sirve; ni para ellos el viaje sale sin sacrificios, porque no pueden arrancar las rocas, ni siquiera recoger las tierras, sin poner ni dejarnos los cimientos de unas colonias que hace tiempo la civilización del mundo y nuestra propia grandeza, nos reclaman.

¿Seguiremos, como hasta aquí, queriendo colonizar al estilo de Mata?, ¿recuerdas la más lamentable historia de la Huasteca?

En un terreno insalubre se amontonaron algunas familias italianas; el Erario nacional les costeó el viaje; la munificencia de Mata les cedió la orilla de un río, donde entre enjambres de mosquitos y de langostas revolaba la fiebre; los inmigrados se vieron abandonados á sus propios

recursos; Mata llena todas las promesas de su nombre, porque es médico, es sobrio, odia el vino, considera costosos todos los vicios, y sólo tolera que se fume, porque él cosecha tabaco y fabrica puros y cigarros. Mata por fin los sujetó al régimen dietético; muy moralizador, pero que ha despoblado á la misma Europa. Tú que eres economista y aventurero como yo, sabes que en los países enfermizos una colonia debe ser un tianguis, una feria de muchos años: juego, vino, bailes, contrabando, mujeres, la locura del carnaval, para atraer á los curiosos y para cubrir la mortandad con una careta. Mata no más les enseñó el alabado viejo y el nuevo *Tata Dios*, les prometió abundantes cosechas y una mejora en el clima, y les aseguró la tolerancia religiosa: la mitad de los seducidos colonos sucumbió al hambre y á la intemperie; los huérfanos y viudas lavaban sus cuerpos y sus harapos en las aguas de Tecoluta; cuando otros colonos llegaban se asustaban y no sabían cómo volverse. Nosotros hemos visto ese hospital ambulante. Mata se quedó solo con sus buenas intenciones y sus cigarros, por culpa del sistema.

El delirio de emigración, que causará la extracción libre de nuestros metales, puede ser, por previsión, comparable al que produjeron los placeres de oro en la Alta California y nos dará de seguro los mismos resultados: la población y la riqueza.

Pero, ¿qué hacemos con las casas de moneda? Conservarlas, porque las platas beneficiables deben seguir pasando por esos establecimientos; y con el tiempo pasarán los minerales rebeldes, merced á descubrimientos que el sistema que propongo hace posibles.

Medita bien esto, porque pienso dirigirte trescientas y más cartas sobre la materia.

Tu amigo,
El Nigromante.

VIII

Ures, Marzo de 1865.

Querido Fidel:

Tenemos, en Sonora, trescientas leguas de costa, contando con la de Sinaloa; en tan dilatada línea los franceses no ocupan sino dos puntos, Guaymas y Mazatlán, y nos hemos declarado á nosotros mismos encerrados en la tierra: las llaves del mar están en poder de los enemigos!

Esta desolación nuestra me ha conducido poco á poco á otras impertinentes reflexiones. Sonorenses y sinaloenses poseemos, como te digo, trescientas leguas de playa; las corrientes del Pacífico han cubierto de arena todas las irregularidades de la costa, de tal suerte, que bajo las aguas tienes una faja de bancos, y sobre las aguas otra faja de médanos: difícil sería la aproximación á la costa, aun para los botes, si esa doble barrera no apareciese interrumpida en varios puntos por diversos accidentes naturales; ya es un grupo de escabrosos cerros que, formando penínsulas é islas, dan seguro abrigo á las inquietas aguas de una bahía; ya es un río caudaloso que se abre paso con el botín de sus inundaciones hasta esparcirlo á siete leguas de la tierra; y ya son los chubascos que empujando el mar sobre la playa, la dejan cubierta de prolongados esteros, que se derraman por canales que mudan de dirección todos los años. También hay puntos donde la proximidad de una isla como la del Tiburón, convierte á extender un dique para convertir el mar intermedio en un puerto profundo y admirable.

Ya lo ves, en esas trescientas leguas, haciendo algunos gastos, que no pesarían en el presupuesto más que las partidas con que el Gobierno se asegura una *mayoría ministerial*, una prensa ministerial y un ejército

ministerial, tendríamos en lugar de dos puertos, treinta; es decir, una población floreciente á cada diez leguas. Un puerto sirve de centro á otros pueblos, y á sus haciendas y ranchos; entonces, conseguiríamos ver habitada esa rica y extensa costa, por donde hoy caminas centenares de leguas sin descubrir una huella humana; así, treinta colonias, en comunicación directa, por medio del Océano, con las naciones extranjeras, nos producirían en menos de diez años un millón de habitantes.

La primera de las ventajas de una intimidad antigua consiste en que como ya se conocen los amigos, no encuentran placer en engañarse mutuamente; además, tú y yo no estamos en el ministerio ni en otro puesto donde como una necesidad se nos imponga la mentira; somos dos proscritos; siendo esto así, dime con franqueza, ¿dónde encuentras más asequible la colonización? En los valles elevados, todos los terrenos tienen dueño; en la bajada de las costas, las tierras también están enajenadas y son mortíferas; ya has visto á Mata realizando las amenazas de su nombre y las de la Tierra caliente; á la orilla del mar no tenemos puertos y los colonos sufrirán el suplicio de Tántalo; ¿no es verdad que sin una medida extraordinaria, la tal colonización es imposible?

Pero yo no descubro sino tres clases de medidas extraordinarias: la invasión norteamericana, la compra de buenos terrenos por las autoridades, y la construcción de puertos. Protesto solemnemente contra nuestra agregación á los Estados Unidos; protesta tú también, Fidel, aunque nos disfracen esa infamia de protectorado. Es mejor la compra de haciendas; en efecto, las autoridades pueden escoger los terrenos situados á la orilla de los ríos, próximos á los grandes caminos, y recomendables por su salubridad, para establecer en ellos sus colonias; hablo de las autoridades, porque á todas las considero llamadas á esa misión progresista; pero la empresa es tardía, muy costosa, y puede ser limitada en sus resultados. Sin abandonar este camino, dejemos expedito, para la colonización, el de los mares.

¿A dónde ocurrirá la emigración extranjera, con fundadas esperanzas de progreso y reservándose una retirada segura en casos desgraciados, si no á nuestras costas; cuando el Gobierno, por medio de diques, facilite la entrada y permanencia de los buques, y por medio de canales deseque las pestíferas marismas, poniendo á las más profundas en comunicación con las mareas? Esas olas, que aproximan la perla, el coral, los ostiones, el carey

y millares de sabrosos frutos á una playa desierta, traerán consigo á los consumidores y explotadores de tanta riqueza. Los marinos compiten con los montañeses en fuerza, en destreza y en esa indomable tendencia á la libertad, que lleva en su seno las dos gemelas del porvenir: la civilización y la democracia.

Las dificultades que se oponen á tan palpables mejoras, no sólo son infundadas, sino visibles; la oposición de los habitantes de los puertos actuales, y la necesidad de establecer nuevas aduanas de altura. La oposición de Veracruz ha impedido que se abra un puerto en Anton Lizardo; un veto tan monstruoso no acredita sino que tenemos gobiernos débiles: una ciudad, que destruye los cimientos de otras ciudades, comete un infanticidio. En cuanto á la cuestión de presupuestos, sólo á los empleados antiguos del ramo de Hacienda les pueden ocurrir que es una necesidad el establecimiento de aduanas; sobrado perniciosas son las que existen. Pero si para colocar favoritos debe conservarse, salvarse el sistema; hagamos, pues, ese otro sacrificio, con tal de que colonizando nuestras costas, tomemos posesión de ellas y de nuestros mares, que no reconocemos sino en el mapa.

El Nigromante.

IX

Ures, Abril de 1865.

Querido Fidel:

La vacilación nos pierde por todas partes; en este Estado acaba de arrebatarlos el puerto de Guaymas.

La población de Sonora, con muy marcadas excepciones desea entrar en lucha con los franceses. Por esta capital ha pasado un campesino octogenario, seguido de sus hijos y nietos, para presentar á Pesqueira un admirable grupo de voluntarios. Los jóvenes dependientes de las casas de comercio se ejercitan en el manejo de las armas. Los que han viajado por la Alta California recuerdan que de este terreno salieron aventureros heroicos que han dejado una memoria de terror entre los yankees. El espíritu marcial flamea en los labios y en los ojos; y á su luz, hemos perdido, sin luchar, el puerto de Guaymas.

Yo he perdido mis cantos y mis artículos, y como un Tirteo fugitivo, no sé á dónde llevar mi cojera, mis desengaños y mis esperanzas. Un día de estos pasados los habitantes de Guaymas abrieron los ojos, como siempre, para ver los bellos celajes de la aurora; los cerros se bañaron en luz rosada; el mar dulcemente estremeciéndose, sonreía, el gobernador y comandante general preparaba un día de campo en una de las islas que coronan la bahía; las músicas militares se anticipaban al regocijo; las jóvenes ardientes, encanto de esas playas, ensayan sus adornos para asegurar sus conquistas; ya los botes que esperaban arrebatar su bulliciosa comitiva desplegaban sus velas confiándolas al viento y duplicándolas en las apacibles ondas. ¡Sorpresa y baldón! Los buques franceses, burlando la vigilancia de Tomasito, ó por ventura conociéndolo, habían dormido detrás de los cerros; y no cortaron el camino entre Guaymas y Hermosillo, porque desdeñaron tomar á nuestros héroes como prisioneros. Los

franceses han ocupado las aguas del puerto á la presencia del sol; y disparando sus proyectiles sobre la plaza, han podido gozarse en nuestra confusión y en nuestra huida. Mientras un puñado de valientes contestaba los fuegos de los enemigos, los niños, las mujeres, abandonaban la ciudad, á pie y confundidos entre los soldados; éstos y sus armas se salvaron.

Pesqueira no ha desesperado de la situación; ha reunido á los fugitivos y bloquea el puerto; de todos los puntos acorren auxilios; el intrépido García Morales vuela desde Álamos con sus fuerzas respetables; la Guardia Nacional de Hermosillo se apresta para marchar en auxilio de sus hermanos; los cívicos de esta capital se consagran á los ejercicios militares ante los prisioneros franceses que hizo Rosales en San Pedro y antes de quince días opondremos tres mil soldados á la marcha de los invasores. Sólo Patoni está desesperado; accidentalmente se encontraba en Guaymas, donde se le había incorporado su joven esposa, y sin disfrutar ningún mando, sin oportunidad de batirse, ha tenido que abandonar su tálamo, y por aquí pasa para llevar á su compañera donde el pabellón de la patria la proteja mientras él continúa la antigua serie de sus hazañas contra los enemigos.

Te he hablado antes de mi cojera; sábete que no estoy cojo, pero temo estarlo. Casi en el centro de la ciudad de Hermosillo se levanta un cerro blanco y cristalino, que con poco trabajo quedaría convertido en una pirámide de mármol y en el monumento más brillante y asombroso de la industria y audacia mexicana; en esa colina crecen plantas raquíáticas; algas, musgos, un tabaco abortivo, algunos hongos y un arbusto pequeño de hoja encarrujada y lustrosa, y cuyo fruto se parece á nuestros capulines: ese fruto, comido el hueso, causa reumas peligrosas, y después que éstas terminan dejan muy flexibles las coyunturas de los pies, hasta el caso de que al andar, éstos se campaneán, no sin gracia. Todo el mundo conoce á distancia á los que han comido las tullidoras; yo he probado este fruto prohibido. El antiguo Tirteo, es verdad que era cojo, pero no corría. ¡Permita el cielo que por acá vengan los inmaculados!

En estos momentos en que la tierra, por la derrota, se me escapa de debajo de los pies, temo que también los pies se me escapen. Compadece á tu amigo.

El Nigromante.

X

Hermosillo, Abril de 1865.

Querido Fidel:

Terminados los negocios que me llevaron á Ures: ocupado Guaymas por los franceses; amagando los partidarios de Gándara con un pronunciamiento y en vísperas de un cataclismo, he buscado un asilo en esta población donde existe lo más florido del Estado y donde se encuentran algunos amigos que, como yo, vienen de lejos para respirar, aunque sea en estos desiertos, el aire libre de la patria; vivo en comunidad con aquel Molina que cuando tú con tu elocuencia salvaste en Guadalajara á D. Benito, ese joven estudiante de medicina lo defendió con su sangre, perdiendo una pierna en los momentos en que acompañado de Cruz Aedo se dirigía acaudillando á la multitud contra los reaccionarios que tenían á vdes cautivos; está con nosotros un hermano de Molina, que á la edad de diez y seis años entró de fraile, estuvo otros diez y seis en el convento, y ha colgado los hábitos con cierta inocencia que les cae mucho en gracia á las muchachas, cuyas lecciones el reverendo mozalvete aprovecha; nos acompaña aquel famoso Moreto que has conocido en muchas partes, músico, cantor, cocinero, comerciante, marinero, soldado; y es también nuestro comensal un tepiqueño, que en la Alta California ha residido como periodista, abandonándolo todo para venir á prestar sus servicios á la nación moribunda; y no se separan de nosotros algunos sinaloenses, como D. Toribio Gutiérrez, que viene á establecer á su familia para regresar al lado de Corona, y el confidente de este general, uno de los Sepúlvedas. Aquí nos hemos encontrado buenos amigos, y las huellas de Leandro

Cuevas cubiertas de flores, pues todas las jóvenes conservan versos que, en una semana, nuestro infatigable poeta les ha dedicado.

Para que te formes una idea de mi situación, te haré un bosquejo del Estado. La sierra de Chihuahua es el límite Oriental de Sonora; de ella nacen con dirección á la costa grandes ramales metalíferos y muy escasos ríos. Entre éstos, viniendo del Norte, se nos presenta el Gila, habitado y explotado por los indígenas que, desde una época remota, conservan una civilización mediana. Si de esta línea acuática partes hacia el Sur, después de atravesar treinta leguas de desierto donde no faltan los bárbaros, encuentras un río que en el tiempo de las lluvias tiene por horas sus pretensiones de caudaloso; sobre sus riberas están los pueblecillos de la Magdalena, el Altar, Pitiquito y Caborca; donde debería descargar en el mar sus aguas, si las conservase, descubres el magnífico puerto de la Libertad, con una ciudad muy buena, trazada en el plano y que no se realiza por falta absoluta de habitantes. Sigue caminando hacia el Mediodía, en sesenta leguas no descubrirás sino miserables ranchos hasta llegar al más interesante de los ríos sonorenses; su importancia no nace de sus aguas que son escasas, sino de las poblaciones que en sus riberas florecen; Ures, la capital; Hermosillo, la ciudad encantadora; y las mejores siembras de trigo, y cuando se les antoja á estas gentes, los mejores viñedos. Puedes en seguida andar ochenta leguas y, salvo algunas rancherías, no vuelves á ver vestigios de agua, sino hasta que descansas en el Yaqui y en el Mayo. Estos dos ríos y la *mesopotamia* que forman, son de un inmenso porvenir, ya sea que sus actuales dueños mejoren su civilización, ya cedan una parte de sus tierras á colonias de una alta cultura. Cinco ríos; tres en poder de los indígenas y dos con poblaciones de raza mezclada; de estos últimos, ambos humildes, el mejor es el de Hermosillo, como centro de agricultura, de industria y de comercio. En un caso desgraciado, puedo escoger para mi fuga, entre tres desiertos; el mar, las llanuras y la serranía. En el mar, ocupado Guaymas, no encontraré un solo bote; en la llanura me sobrarán privaciones y me traerán muy divertido los peligros; el zorrillo que causa la rabia; las sierpes de cascabel tan numerosas como los arbustos; los bárbaros neutrales en la lucha de la intervención y dispuestos á robar á ambos contendientes; los bárbaros al servicio de Gándara; y hasta las plantas, como un árbol sombrío que produce el veneno usado por los seris en la punta de sus flechas: por alimento pinole. La sierra, aun en tiempo

de paz, es intransitable; un viaje por ella es un grande acontecimiento en la vida de los humanos.

¿Por qué pensar en la huida? Supon una derrota sobre las fuerzas de Pesqueira; el río de la Magdalena es ocupado por los intervencionistas que viven refugiados en el Gila; los franceses nos cortan el paso por Álamos; y el Yaqui y el Mayo se insurreccionan: ¿nos queda el río de Hermosillo? No, porque entre esta última población y tires dominan los Gandaristas, y se están preparando para la lucha. ¡Un día de estos amanezco encerrado!

Esta consideración me entristece; pero hay otra que me desespera. Merced á ese pueblo de Caines nos veremos libres de los franceses; pero mientras nuestros hermanos nos sacuden con una quijada de jumento, ¿no prevés tú quiénes van á apoderarse de la situación? ¡Ay! yo lo estoy viendo muy claro. Hemos recorrido tú y yo, la mayor parte de la República, y hemos podido observar una raza que parece de gitanos, esparcida hasta en las poblaciones más insignificantes; esos hombres si han heredado, han perdido su herencia en el juego; si han sido comerciantes, han quebrado; si han sido militares, se han alzado con la caja en un día de combate; si han sido viajeros, sólo conocen la cárcel en las naciones extrañas; si han sido estudiantes, no han concluido su carrera; si profesan liberalismo se prestan á servir de esbirros; si alcanzan del pueblo una comisión, venden á su representado: esos hombres viven en los cafés, en los billares, en los mesones; esos hombres llevan la alta y baja de los viajeros que llegan, y van á visitarlos y les facilitan cama, mujer, diversiones; esos hombres disponen de todos los músicos y danzantes de su pueblo; discuten con el cura los editoriales de todos los periódicos; esos hombres, por fin, nada hacen y todo lo saben. Pues bien; como medida de policía, á los principales de ellos se les destierra como diputados; llegan á la capital donde se les recibe con 250 pesos mensuales y las promesas de algunos negocitos; ellos, que nunca han visto tanto dinero junio, ni han concebido más lisonjeras esperanzas, creen que cada ministro es un salvador... la Cámara tiene á la vez el aspecto de una cárcel y de un hospicio de pobres; los pocos sabios y desinteresados se conocen en el modo de pararse y de sentarse, y en el modo de andar... cuando llegan los ministros.

El Nigromante.

XI

Hermosillo, Junio de 1865.

Querido Fidel:

¿Has salido al fin sin novedad del Bolsón de Mapimí? Cordialmente me alegro.

Las noticias que tengo que comunicarte son todas desagradables. El valiente Rosales yace abandonado de los suyos en un lugar no remoto de Álamos; la ambición, no innoble pero sí desacertada de otros jefes, nos priva de los servicios del vencedor de San Pedro. Los franceses que cautivó en este lance tan memorable, fueron internados por estas tierras de Sonora; y, ellos, ahora que las armas de su nación dominan en Guaymas, han logrado escaparse, favorecidos por los partidarios de Gádara. Tánori, que acaudilla á los imperialistas, después de asegurar la fuga de los prisioneros franceses ha situado una fuerza entre Ures y Hermosillo; la primera hazaña de esos indignos mexicanos es un pronóstico de sangre y de lágrimas para el Estado. Caminaban de esta población para Ures el antiguo Jefe de Hacienda de Sinaloa D. Toribio Gutiérrez, que vagaba en busca de su familia, mientras muy divertida en Tepic con los franceses; un asistente suyo, que meditaba separarse del servicio, porque había tenido no sé qué corazonada; un anciano correo que se les incorporó por acaso, y el joven Macalpi, simpático, inteligente secretario del Gobierno, y que se apresuraba á ver la primera prole que acababa de darle su esposa, una de las beldades más interesantes de Sonora; yo debía haberlos acompañado; me alegro de no haberlo hecho, porque mi desgracia hubiera sido un golpe funesto para D. Benito y para Lerdo. Puedes asegurarles que me he salvado. Esos viandantes entraban en una cañada que hay á cinco leguas de Ures; de repente se ven asaltados y maltratados por varios facinerosos;

se dejan llevar á un recodo entre ásperos cerros, donde sufren hambre é injurias, y después de algunas horas de tormento, Gutiérrez, el asistente, el correo y Macalpi, abandonan la vida á pausados golpes y horribles carcajadas de los traidores. La mujer de Macalpi ha perdido el juicio.

No se ha colmado la medida de nuestras calamidades. Pesqueira y su entusiasta ejército se obstinaron en no alejarse de Guaymas; el calor se hace insopportable; el agua escasea entre las peñas; los matorrales no ofrecen una sombra suficiente para guarecer la cabeza de los soldados; los comestibles no abundan; nuestra fuerza se ve derrotada por su sola posición en puntos donde sólo campean las víboras y una ave que les hace la guerra: un mes de esta vida hace dulce la muerte é indiferente la derrota. Una noche salen los franceses del puerto; un puñado de sus caballos se precipita sobre nuestro campo; hemos huido; por todas partes los imperialistas se levantan; y yo no sé desde dónde podré continuar nuestra correspondencia.

Aquí ha estado un tal Sepúlveda, uno de los hermanos que sirven de secretarios á Corona; por las conversaciones de ese agente, puedo asegurarte que la guerra seguirá en Sinaloa; esto es un consuelo; pero en ese estado van á desarrollarse miras encontradas y ambiciones personales; dominará el clero; admitirán los programas absurdos contra las instituciones; lo que interesa á muchos de los nuevos héroes es nulificar á Rosales, porque Rosales no será cómplice de ningún atentado contra las instituciones; porque Rosales es despreocupado y desinteresado; porque sus laureles hacen sombra á los que jamás podrán igualarlos; porque, en fin, si falta voluntad, así los fatuos lo quieren. Pero Rosales no desembarcó en Mazatlán más que con su espada, y la conserva; se mira como en un destierro, y cuando muchos lo abandonan, otros lo buscan: de aquí han partido Barragán y los Molinas y otros; y cuando el héroe levante de nuevo la bandera nacional, podrá sucumbir, pero no bajará solo á la tumba.

Estoy inquieto por Próspero; después que nos vimos en Mazatlán, ha corrido varias y difíciles aventuras; mientras que meditaba en el mar sobre los favores de la Providencia, lo asaltaba la *Cordelière* y le daba dos ó tres pesadumbres. Allá en su tierra le espera otra Providencia capaz de pegarle un nuevo chasco.

El Nigromante.

UNA CARTA A PRÓSPERO

Hermosillo, Julio de 1865.

Querido Próspero: A principios del año pasado me escribía vd. de Colima, aconsejándome la permanencia en Mazatlán, donde se figuró vd. descubrir el último refugio del patriotismo; mazatlecos y mazatlecas se presentaban á la imaginación de vd. entrelazando guirnaldas y coronas de mirto y de laurel para recibir armados la anunciada expedición de los franceses, ¡Ay amigo! De entonces á la fecha hemos perdido los principales puertos de Sonora y Sinaloa; y si entre las sombras de la derrota brilla el heroísmo de algunos ciudadanos, preciso es confesar que el número de los indiferentes es mayor que el de los traidores. ¿Indiferentes? No lo son, porque aunque sus simpatías no despiertan con el ruido del imperio, el observador puede fijar los negocios personales que consuelan á muchos mexicanos de las desgracias que agobian y deshonran á la patria: las mujeres esperan negocios de amor, y los hombres negocios mercantiles.

El chasco será general: las mujeres, muchas, dejaban en su traviesa intención, á sus amantes por los franceses. Figúrese vd. la sorpresa de esas hermosas cuando muy pronto han descubierto que los infieles eran sus amantes, y que una Venus desconocida había desembarcado con los egipcios y los zuavos, protegida por las leyes francesas como no peligrosa para la disciplina! Nuestras inocentes jóvenes ignoraban que los placeres socráticos han florecido siempre en las costas del Mediterráneo; ellas no sabían que los soldados de Napoleón III han sido educados por los jesuítas; y ellas no conciben que las locuras de la juventud pueden sacrificarse á esa economía que con ahorros de dos francos *imprvisa* un capital en cincuenta años de miseria. ¡Pobres de nuestras costeñas! Acostumbradas á un pronunciamiento anual para que con el contrabando

ó los préstamos, empleados, comerciantes y soldados puedan regar el templo del amor con más onzas que si se tratara de flores, protestan en vano contra la mezquindad de los franceses; no les queda ni el recurso de casarse con ellos para hacerlos cornudos; porque ellas no tienen dote, y porque los expedicionarios parece que han nacido con cuernos.

¡Los hombres! No se habían figurado ser víctimas del amor, y de un amor gratis; pero se resignan. Lo que los indigna es que los jefes invasores hagan el contrabando y lo hagan todo. Así es que, tiene vd. una reacción; hombres y mujeres se desvelan por saber cómo caminan los negocios de los Estados Unidos; si ganan los del Norte, los franceses se embarcarán para su tierra; libres de los franceses, se aislarán los traidores; entonces en nuestro regalado triunfo se improvisarán los héroes de á última hora; habrá algo que pescar en los caminos; algunos imperialistas costearán la diversión; los fugitivos representarán la legalidad; se pondrán de acuerdo todas las nulidades, y habrá gastos extraordinarios en el presupuesto.

Este regreso á la nacionalidad es un consuelo; volveremos por el caño ya que no podemos entrar por las puertas, y será necesario después de tres ó cuatro años lavarnos, porque los primeros días ¿quién piensa siquiera en cortarse las uñas?

Por ahora, amigo, todo esto debe considerarse como perdido. ¡Cuánto envidio á vd! Ese Sur, orgullo de vd. y memorable para la patria, conservará el fuego sagrado; radiante de confianza vd. me ha dicho: "D. Diego jamás pensará irse al extranjero; D. Diego defenderá el puerto de Acapulco; D. Diego, perdido el puerto, lo atacará de día y de noche, hasta que lo recobre; D. Diego mantendrá siempre fuerzas sobre el Sur de Morelia, sobre Oaxaca y sobre el Estado de México; D. Diego depondrá el poder, para que los sureños nombren libremente sus representantes el día de la victoria; D. Diego pondrá un término á esa inseguridad con que, merced á las circunstancias, se vive en sus dominios; D. Diego, en fin, jamás se tomará los fondos de las aduanas marítimas sin permiso del Gobierno; y yo seré el Homero del Aquiles D. Diego." ¡Vengan pronto esos soles de gloria y de progreso, de paz y de poesía en que vd. revele al mundo ese Washington trigueño!

En mi desaliento, hago más caso de las descripciones de vd. que de sus esperanzas; lo sigo entusiasmado cuando me pinta las sonrisas y los enojos del mar y los espléndidos caprichos de la noche, y los pequeños misterios

de ese mundo de madera que se llama un buque de cabotaje. Tiene vd. razón; yo también disfruto placeres inefables en la soledad de los montes, de las llanuras, del Océano y del cielo; pero en todas partes me gustan los objetos determinados. La ciencia, el arte, la poesía, no son más que análisis, imágenes, personificaciones; de ese caos que se llama la naturaleza es muy satisfactorio sacar un mundo; pero ese mundo, obra de cualquiera inteligencia, ha de venir amoldado á mis cinco sentidos. No acepto lo sublime por interpretación; en las mujeres, en los héroes, en los poetas, no quiero ver un expediente donde me prueben que debo admirarlos. Parece que como yo opinaban los antiguos: á Venus se la figuraban desnuda; y jamás pretendieron que Héctor, para ser superior á Aquiles, debió haberse lanzado á la frontera de su reinecillo. Los modernos han inventado otra sublimidad que consiste en lo indeciso, en lo vaporoso, en lo contradictorio, en lo inaveriguable; yo le confieso á vd. que no hay cosa que más pronto me fastidie que lo sublime.

Sígame vd. comunicando sus interesantes noticias, y se las cambiaré con las mías; también las de Fidel que, como siempre, es muy divertido cuando me escribe. Hace tiempo no lo hace, sin duda no lo dejan los inmaculados. Estos son unos bichos de cuyas travesuras Dios libre á vd. y á su afectísimo amigo.

El Nigromante.

COMPILADOR DE LA OBRA

Josué Barrera Sarabia

Especialista en Políticas Culturales y Gestión Cultural por la UAM y Maestro en Ciencias Sociales, con especialidad en Historia por El Colegio de Sonora.

Autor de *Conducta amorosa* (ISC, 2007), *Pasajeros* (Jus, 2010), *La brevedad constante* (Universidad Autónoma de Coahuila, 2011) y *Uno de nosotros* (Tierra Adentro, 2014), así como de dos antologías de narrativa sonorense: *Naves que se conducen solas* (FORCA, 2011) y *Catorce puntos en el mapa* (IOB Editorial, 2020).

La escritura de los yoris es un proyecto que investiga y difunde la historia de la literatura en Sonora.

CATÁLOGO DE IOB EDITORIAL

Colección Literatura

1. *Cuentos de niño para gente grande* / Rafael Cota Rivas
2. *Para ti no habrá sol* / Carlos Sánchez
3. *Catorce puntos en el mapa* / Josué Barrera, compilador
4. *Mandato del polen* / César Aragón Lara
5. *Pastor de barcas* / Álex Ramírez-Arballo
6. *Obsesión diamante* / Imelda Escalante

Colección Salud

1. *Atrévete a brillar* / Denise Ramos
2. *Hábitos Poderosos* / Coach Ozz

Colección Literatura Infantil

1. *El burrito sabio* / Laura Delia Quintero García
2. *Cola de sapo, pata de pez, y tu a los animales ¿cómo los ves?* / Rosa Vilà Font

Colección Historia

1. *Romance de la Isla Tiburón. Un poema épico de 1750.* Francisco Antonio Pimentel. Presentado por Josué Barrera.
2. *El Marquesado de Sonora. Genealogía literaria y destino de la familia Gálvez (1785-1932).* Presentado por Josué Barrera.
3. *Diarios, cartas y libros prohibidos. Sonora y California: 1823-1849.* Presentado por Josué Barrera.

Nigromante en Sonora. Cartas de Ignacio Ramírez de febrero a julio de 1865,
se editó en diciembre de 2021.

La edición estuvo a cargo de IoB Editorial.
www.iobeditorial.com